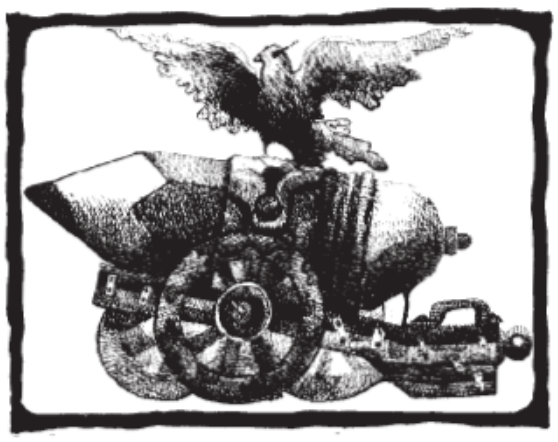
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

NÚMERO

27

Julio 1995

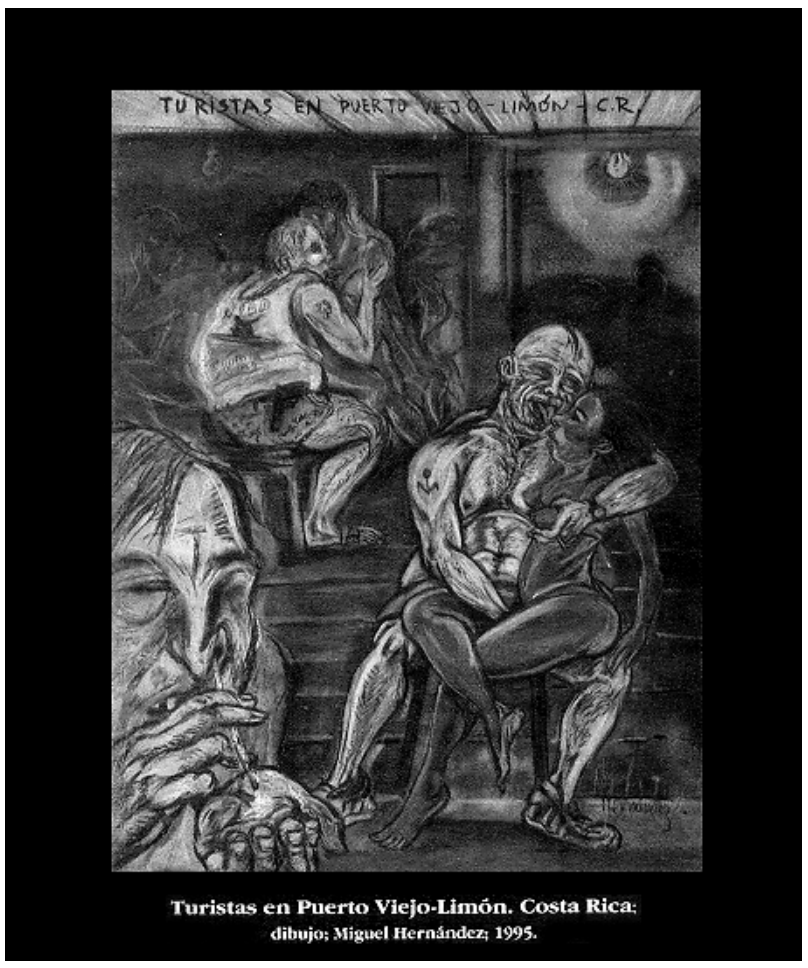
El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Pesadilla (*). Virgilio A. Mora Rodríguez (**)



Turistas en Puerto Viejo-Limón. Costa Rica:
dibujo; Miguel Hernández; 1995.

¿Cómo transcribir al papel una horrible pesadilla? La sueño la madrugada del día martes 18 de abril de 1995, Semana Santa, en Puerto Viejo, Limón, cabina número cuatro de «El Pizote»,

un albergue extraordinario en cualquier parte del mundo.Varias gentes HIV+, enteradas de que soy un médico que ejerce en los Estados Unidos, se presentan ante mí, subrepticiamente cubiertos por las sombras de la noche o de un árbol, por la paredes de un orinal, en una vereda solitaria, en la playa y me preguntan por la cura milagrosa de la enfermedad que ya no tarda en matarlos...

Mi hijo menor reposa, postrado por el sueño, en una de las camas. Tenemos diez días de estar aquí. Ángel, un pintor al que se me ocurrió invitar a que nos acompañara, también postrado, semicomatoso desde que dos canadienses, padre e hijo, casi lo matan. Mi amigo, en el sueño, muy cerca de un lugar que se repite a menudo en la experiencia onírica "Bambú" -quiere evitar el abuso verbal que sufren dos pobres viejos negros a manos de las bocas podridas de los dos piratas extranjeros, con el mismo tatuaje en el pecho: JJ. El Padre, cuando se da cuenta de que Ángel simpatiza con los nativos, ordena al hijo, al tiempo que pone el cañón de su pistola en la sien del pintor: "mátalo hijo. Y ustedes -a los dos pobres negros viejos- si se mueven, los quemo". Finiquitada la paliza, otra vez gritando al artista que sangra profusamente, casi inconsciente: "No te mato porque vales tan poco como estos zopilotes" -señalando a los dos pobres nativos...

Hasta ahí el principio de la experiencia onírica, no por el estilo escueto, rápido, conciso, al grano con el que se pintan los sueños en nuestros cerebros. No: después de la paliza monstruosa, Angelito no puede hablar, ni reír, ni llorar... está "chocado"... quiero preguntarle detalles del suceso, de su horrible experiencia, cada vez que lo intento, me responde mirándome con un mirada hueca...

Yo... yo soy un romántico enamorado de esta tierra, de este puerto, adonde

vine a parar por la primera vez, hace cuatro, cinco años ante el entusiasmo de mi hijo menor que piensa que este es el paraíso terrenal, en lo que tiene razón hasta que usted se adentra en el corazón del pueblo, en su zona comercial. Entonces, -cuidado, mucho cuidado...

No estoy bien, resultado de una semana etílica y llena de zozobras (la noche que los canadienses asaltaron a mi amigo, creí que se moría). Empero, a pesar de mi condición y la hora, no puedo dejar de parar de escribí mi pesadilla en este paraíso de la provincia más olvidada... Un viejo romántico, con un espíritu muy joven, que se adentra en el dédalo del centro del puerto, ignora, a pesar de sus múltiples visitas al lugar, la agresividad de los extranjeros a cargo de negocios, bares, intoxicados algunos, con drogas letales... hablar en ese medio la lengua natal, el español, puede ser peligroso, un desatino que a mí se me ocurre en el sueño, pendejo que soy, ingenuo, en "Bambú", bar a orillas del Atlántico rojo de sangre, con unas mesas y sillas incómodas, con el ceviche más malo y más caro del mundo (una copita, una "boca", doscientos cincuenta pesos), al mando de un alemán joven, "un doctor" que viste el uniforme del ejército alemán de la Segunda Guerra Mundial. El "Médico", ofréceme, a través de una de sus empleadas, una judía bellísima con la nariz y los senos amputados, cambiarme un billete de veinte dólares a ciento setenta. Como el horrible ceviche, tomo dos cervezas, no recuerdo cuánto monta la consumición, empero, cómo olvidar el gesto arrogante, de perro rabioso, despectivo del ario cuando cambia de parecer, decide inesperadamente, cambiarme los dólares a ciento sesenta y cinco... Enojo, le digo que no tiene derecho a embaucar a su clientela ofreciéndole un cambio de moneda con el que no cumple una vez que llega la cuenta. El hombre, el tipejo, "el doctor", me insulta. La ofensa que me lanza con más gusto, con inmensa fruición, excitado, vanagloriándose, a gritos para que lo oiga la gente en su lugar de caca: "Fuera judío de mierda, yo soy el dueño de este lugar y mucho cuidado, no sabe usted con quién está tratando". El xenofóbico, antisemita, practica, sin licencia, la medicina en la pobre localidad. A mi mejor amigo de origen italiano, cuyo nombre no conozco -así son los sueños-, para un problema de la articulación del codo, un problema aséptico, muy común en la gente que juega tenis, recomienda un tratamiento a base de terramicina: 250 miligramos tres veces al día por tres días... señores, no quiero entrar en los detalles clínicos de tan descabellada cura, me encuentro alegando súbitamente ante el honorable Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica que sabe de la existencia del negociante en licores y otras pociones... Mi amigo Tútile tiene que pagar a más tardar en dos días, so pena de que lo castren y le corten las orejas, no puede ser, alegó, tres mil pesos por una consulta que no duró ni cinco minutos y nueve pastillas. "muestras médicas", de terramincina que no tienen ninguna indicación en este caso… ah y no sólo medicina, súbitamente me entero de vuelta en Puerto Viejo a donde regreso en bicicleta: el "Doctor" también práctica cirugía. Cuidado, muchísimo cuidado si usted necesita asistencia médica o quirúrgica en Puerto Viejo, Limón, la provincia más olvidada, reza el anuncio que súbitamente aparece en letras blancas en el cielo azul... punto seguido, mientras el "Cirujano" me extrae por segunda vez mi apéndice con una bayoneta, una avioneta con una "esvástica" pintada en rojo en una de las alas, escribe en el cielo: "¿Qué hace el Colegio de Médicos y Cirujanos, cómo combate estas garrapatas? ¿Qué hace la policía ¿Qué hace el pueblo, los nacionales cuando caen en las manos de la canalla extranjera? ¿Qué hace el médico oficial?" Y aparece el retrato de una galena china en la bóveda celeste...

Mi amigo sigue vivo, descansa. Duerme bajo el efecto de las pastillas. Por lo menos no lo mataron. ¿Qué hacer ante el peliagudo problema de verse obligado a comunicarle a una madre la muerte de su único hijo... la muerte de mi mejor amigo, que de haber tenido que regresar con el cuerpo de angelito en una funda plástica? Ante las anteriores posibilidades, tengo que admitir que después de todo la pesadilla no fue tan mala. Empero. Todavía sueño con ella...

(*) Este cuento está basado en hechos reales sucedidos el Sábado Santo de 1995.

(**) Escritor costarricense residente en Nueva York

Ventanas hacia América Latina.
Gerardo Mosquera



El tema de la identidad parece una maldición que no deja libre a la crítica y al arte mismo, en América Latina. Pero la maldición no es gratuita: proviene de los problemas "ontológicos" del Yo latinoamericano, resultado de condicionantes cónicos de la historia, geografía y procesos etnoculturales del continente.

La colonización temprana, el sometimiento o exterminio de los pueblos nativos, el trasplante masivo de los esclavos africanos, los procesos de acriollamiento e hibridación, diferenciaron a América Latina del resto del mundo. Las nuevas naciones se fueron construyendo sobre estos procesos, trazadas por las contingencias de las guerras de independencia, la política y el caudillismo. La etapa poscolonial comenzó en América Latina a inicios del siglo XIX, entre otras cosas, se ha caracterizado por la dependencia neocolonial de Estados Unidos, la continuación de inmigraciones de europeos durante el XIX y buena parte del XX y las emigraciones latinoamericanas de los últimos tiempos.

Dentro de esta heterogeneidad, el latinoamericano ha tenido siempre que preguntarse quién es, simplemente porque resulta difícil. En Discurso Salvaje, un libro fascinante, el pensador venezolano Briceño Guerrero contrapone docenas de proposiciones opuestas acerca del ser latinoamericano, argumentando en favor de cada uno, como si todas fueran posibles. Dobré, poeta de Surmam, usaba la metáfora del árbol, repitiéndose como un conjuro para dar unidad a lo diverso: One bon/One bon/sommany wi wiri/one bon (un árbol/ un árbol/tantas hojas/un árbol).

El poeta mulato cubano Nicolás Guillen se preguntaba por su verdadero apellido: "¿Sería Yelofe? ¿Quizá Guillen Kumba? ¿O

Kongué? ¿Pudiera ser Guillen Kongué? ¿Qué enigma entre las aguas?".

Si tomamos un caso cualquiera del orbe poscolonial, por ejemplo un efik, veremos que a esta persona siempre le resultara mucho más claro orientarse dentro de los distintos planos que enmarcan su existencia; el de su cultura tradicional, el del orbe occidental y el mundo de habla inglesa, el de su ciudadanía en el país multinacional llamado Nigeria, y aún en el estado de Cross River. En América Latina la colonización fue diferente, y todo se fue mezclando y desdibujando desde el primer momento. El latinoamericano se confunde entre Occidente y no Occidente porque participa de ambos "genéticamente". No ha conseguido asumir su "inautenticidad", por lo que necesita afirmarse mediante relatos que lo ontologicen. O proclama que es tan o más europeo, indio o africano que cualquiera, o se acompleja por no serlo del todo. Cree pertenecer a una nueva raza de vocación universalista, o se siente víctima de un caos o escindido entre mundos paralelos. Tal diversidad a veces tiene ventajas prácticas; el gobierno de Cuba nos ha proclamado indoamericanos, africanos o gallegos, según su conveniencia.

Tal vez el debate posmodemo nos prepare más adecuadamente para la aceptación del fragmento. La neurosis del Yo latinoamericano puede compensarse mejor según nos conozcamos más en la yuxtaposición y menos en la fórmula del mestizaje como hibridación cultural armónica. No quiere decir que este último no constituya uno de los procesos clave de la etnogénesis en América Latina. Yo mismo lo he destacado no sólo como fusión de etnoculturas diferentes sino de diferentes estructuras sociales y sus conciencias correspondientes, o sea en tanto "mestizaje del tiempo". Pero hay que estar en guardia ante el empleo del concepto en calidad del discurso demostrativo de una supuesta equidad cultural, étnica y social en proyectos nacionales tenazmente integradores, que a menudo marginan a grandes sectores, y aún a la mayoría de la población. Como las burguesías blancas criollas construyeron los nuevos países sobre relatos de función nacional, a los estados latinoamericanos les cuesta reconocerse como multinacionales, a pesar de vivir en ellos tantas gentes que a su vez no se reconocen guatemaltecas, brasileñas o bolivianas.

La cuestión de la identidad cultural ha aparecido sorpresivamente, en Europa y por todos lados, a las puertas del tercer milenio. Resulta un tema natural en una época donde se entrecruzan procesos de descolonización y neocolonialismo, globalización y multiculturalismo, auge de las comunicaciones, migraciones cuantiosas, reajustes poscomunistas, apertura de fronteras, racismo, guerras entre tribus europeas. No es extraño que ahora se subraye el sentido dinámico, metamórfico, de la identidad como espacio de mudanza tanto como de conservación. Las complejidades del nuevo debate resultan muy fecundas para transformar las bases de la vieja discusión en América Latina. Precisamente en el momento en que este pierde interés. Es una ironía sabrosa que después de que la crítica de arte latinoamericano se fatigó tanto en discusiones acerca de identidad y cosmopolistismo, originalidad y mimesis, universalidad y localismo, Occidente haya descubierto de pronto que el planeta entero es un solar mestizo, relativista y multicultural, y que, como ha dicho James Clifford, "quizás ahora todos somos caribeños en nuestros archipiélagos urbanos".

Recientemente, publiqué en la más importante revista de arte que se edita en América Latina un comentario sobre la muestra de Luis Camnitzer, Alfredo Jaar y Cildo Meireles comisariada por Mari Carmen Ramírez y Beverly Adams en la Huntington Art Galler Austin. En aquel decía que la exposición "reunió a tres de los más importantes artistas conceptuales de hoy". La revista circula intemacionalmente e incluye traducciones al inglés de todo su material. La frase que acabo de mencionar fue traducida así: "The exhibition includes works by three of the most important contemporary conceptual artists from Latín América" (destacado mío). Sin duda, el traductor trató de añadir precisión a mi frase, que debió parecerle anfibológica. Tratándose de artistas latinoamericanos, no podía pensar que yo realmente quería significar que Camnitzer, Jaar y Meireles eran "tres de los más importantes artistas conceptuales de hoy".

Es como si el hecho de ser latinoamericano condenara ontológica y fatalmente a lo local, como si el arte latinoamericano tuviera que quedar siempre encuadrado en marcos prefijados de circulación y valor. La precisión que me hizo el traductor demuestra prejuicios muy generalizados y hasta subconscientes, que impiden, que impiden mirar el arte latinoamericano sin los espejuelos de la sospecha o el paternalismo. El arreglo de mi frase era a la vez una corrección a la crítica en términos amplios, construyendo discursos internacionales desde su propia perspectiva y emitiendo juicios generales. Que esta enmienda haya tenido lugar en una revista latinoamericana que realiza una labor crucial de análisis y promoción del arte del continente, resulta la contradicción dentro de nuestro propio campo.

Sabemos que la crítica, la historia y la teoría del arte han sido construidas en buena medida con una visión eurocéntrica. El problema es que continúan siéndolo. En el terreno de la literatura, Rene Etiemble exclamaba hace ya bastante tiempo: "Ni un solo Ibn en una Teoría Literaria", descalificando el texto clásico de Wellek y Warren. Sin embargo, continúa pareciendo normal que se escriba acerca del arte contemporáneo en términos explícitos o implícitos de universalidad, sin tener en cuenta no sólo el arte contemporáneo no occidental, sino el que permanece fuera de los grandes circuitos.



La crítica con demasiada frecuencia se desenvuelve sobre la base de la Historia del Arte como relato teleológico construido desde Occidente con pretensiones globales. En ese relato la producción estético-simbólica de la mayor parte del mundo es subvalorada, considerada aparte de la corriente principal, o reducida a bantustanes, como espontáneamente me hizo el traductor. En realidad, la crítica, la historia y la teoría del arte han sido grandes relatos ninguneadores -como dirían en México- hacia el Tercer Mundo. Este ninguneo modela la historia de modo eurocéntrico y desde ella la teoría del arte y la literatura, que a su vez condicionan metodológica y ariológicamente el discurso histórico, en un círculo vicioso alrededor de

Occidente. Paradójicamente, en este sistema el valor artístico se relaciona con la capacidad de "universalidad". Se erige una extraña estratigrafía que clasifica las obras de acuerdo con si su valor es "local", "regional" o "universal". Se comenta que un artista es importante a "escala continental", que otro lo es "al nivel del Caribe". De más está decir que si tienen éxito en Nueva York serán "universales" de inmediato. La producción elitaria de los centros es automáticamente considerada "internacional" y "universal", y sólo se accede a estas categorías al triunfar en ellos. Aunque existe una crítica sociológica de los mecanismos que construyen el valor, se tiende a aceptar los juicios establecidos, formando un substrato de los discursos sobre el arte, más allá de los condicionamientos sociales y etnoculturales.

Los sistemas de prestigio instituido han penetrado hondo dentro de nosotros y producido metástasis.

La llamada "escena artística internacional" funciona como un sistema de apartheid. En ella puede encontrarse un espacio, pero es difícil salir de él, porque el sistema ha sido estructurado jerárquicamente. Por eso, para bien o para mal, el latinoamericano siempre tiene que mostrar su pasaporte. Mi traductor tenía razón.

Tenemos la ilusión de vivir en un orbe de comunicaciones e intercambios globales. Continuamente se habla de globalización, y uno imagina un planeta interconectado reticularmente hacia todos lados. En realidad, estas conexiones se tienden dentro de esquemas radiales y hegemónicos alrededor de los centros de poder, dejando desconectada entre sí buena parte del mundo, o conectándola de modo indirecto por vía -y bajo el control- dé los centros. La globalización que experimentamos es la expansión de una red mundial de centros de poder un poco más diversificados y sus zonas económicas múltiples y altamente diversificadas, trazadas sobre ejes norte-sur. Poco ha avanzado la globalización sur-sur. Durante los años cuando viajé por África comprobé en la práctica que con frecuencia la mejor manera de ir de un país a otro fronterizo es vía Europa. Como no tenía dinero para hacerlo, quedaba fuera del sistema, en una zona de silencio. Esta es una estructura de globalización axial y zonas de silencio macro conforme las redes económicas, políticas y culturales del planeta. La tan llevada y traída "globalización" es en verdad una globalización desde y para los centros, con limitadas líneas sur-sur.

Tal globalización, a pesar de sus limitaciones y controles, ha dinamizado y pluralizado algo la circulación cultural, pero lo ha hecho siguiendo los mismos canales trazados por la economía, reproduciendo en buena medida las estructuras de poder. Y ha introducido el espejismo de un orbe transterritorial, omniparticipativo, de diálogo multicultural, con corrientes en todas direcciones.